

PRESENTACIÓN

Marcelo Dascal

La pragmática es hoy día una disciplina floreciente. Dispone de una asociación internacional (IPrA, con sede en Amberes) con más de mil miembros, que realiza concurridos congresos cada tres años; por lo menos tres revistas regulares (*Journal*

& Cogni

nuales e introducciones (por ejemplo, Levinson, 1983; Leech, 1983; Armengaud, 1985; Green, 1989; Mey, 1994); y quizás en breve haya departamentos universitarios y centros de investigación con su nombre. Todo eso indica que la pragmática ha llegado a una etapa relativamente avanzada en el proceso de convertirse en una empresa científica (cf. Dascal y Dutz, 1997).

Como suele ocurrir, al florecimiento de una matriz disciplinaria corresponde una cierta búsqueda de autonomía y metodología propias, acompañada naturalmente, por un alejamiento de sus fuentes filosóficas. En el caso de la pragmática, disciplina que se ocupa de ciertos aspectos de los fenómenos de lenguaje, hay también un justificable deseo de ser reconocida como parte de la lingüística, en un afán de gozar del estatuto «científico» de esta última. A partir de la década de los ochenta, con el advenimiento de las «ciencias cognitivas» —una «federación» interdisciplinaria en la que participan tanto la lingüística como la filosofía (sobre todo del lenguaje y de la mente)— la pragmática podría quizás encontrar ahí su «lugar natural». Pero para eso habrá primero que persuadir a los científicos cognitivos de la importancia de la pragmática (cf. Dascal, 1992, 1995c) y a los practicantes de la pragmática de que no tienen nada que perder con esa afiliación.

Aunque es comprensible el deseo de liberarse de los interminables cuestionamientos filosóficos y «marchar hacia adelante», no son pocos ni menospreciables los problemas de fundamentación filosófica de la

pragmática. Como su hermana la semántica, emplea el concepto de «significado» —notoriamente problemático—; además, se sirve de las nociones de «intención», «acción» e «interpretación» —quizás aún más problemáticas—. Sus principios más conocidos (las llamadas «máximas» de Grice) son normas derivadas de una idea de «racionalidad cooperativa» que hay que fundamentar, y su aplicación requiere inferencias no estrictamente lógicas cuyo estatuto hay que aclarar. Filósofos de orientación analítica (por ejemplo, Grice, Searle, Schiffer) han tratado de enfrentarse con esos problemas, mientras que otros han ido más allá, tratando de fundamentar la pragmática en términos éticos (Habermas), transcendentales (Apel) y ontológicos (Heidegger y, en cierta medida, también Gadamer, Ricoeur y el mismo Wittgenstein). El presente volumen de la Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía, sin dejar de ejemplificar el quehacer concreto de la pragmática y sus anhelos en una fundamentación teórica autónoma, se concentra —naturalmente— en sus aspectos filosóficos.

Para evitar confusiones, dos aclaraciones terminológicas se imponen de entrada. En el lenguaje corriente, un individuo o actitud son llamados «pragmáticos» cuando se preocupan menos de cuestiones de principio que de la solución de problemas prácticos. Aunque se relaciona íntimamente con la *praxis*, pues trata de explicar la *actividad* en que uno emplea el lenguaje (u otros sistemas semióticos) para realizar sus fines (comunicativos u otros), la pragmática no consiste en una serie de recomendaciones para la vida práctica, y suele llegar a niveles de abstracción teórica no inferiores a los de las demás ciencias (que no tienen necesariamente aplicaciones prácticas inmediatas). En segundo lugar, hay que distinguir entre la pragmática y el movimiento filosófico llamado «pragmatismo», asociado a los nombres de Ch. S. Peirce, W. James, J. Dewey y, más recientemente, R. Rorty. Aunque Peirce haya llamado la atención sobre la importancia de la pragmática en el marco de su teoría semiótica, ésta no está necesariamente vinculada con la idea central del pragmatismo, según la cual todos nuestros conceptos básicos —incluso los de significado y de verdad— sólo adquieren sentido si se los encara desde el punto de vista de sus consecuencias para la acción. Muchas teorías pragmáticas aceptan —y a veces requieren— conceptos de significado y de verdad más bien «tradicionales», es decir, no sujetos al tipo de reducción propuesta por el pragmatismo. Eso quiere decir que la fundamentación de la pragmática no tiene necesariamente que implicar la adopción del pragmatismo filosófico.

El tipo de teoría pragmática presentado en el capítulo de Marcelo Dascal, «La pragmática y las intenciones comunicativas», ilustra la posibilidad de desvincular esta disciplina del pragmatismo filosófico. Su tesis de la complementariedad entre pragmática y semántica, en efec-

to, es compatible con teorías semánticas «clásicas», como las que identifican significado semántico con las «condiciones de verdad». Al argumentar, además, que los mecanismos sincrónicos de uso del lenguaje (que son los que trata de explicar la pragmática) tienen que tomar en cuenta significados «convencionales» o «cristalizados» (que son el objeto de estudio de la semántica), defiende, de hecho, una irreductibilidad (al menos sincrónica) de la semántica a la pragmática, esencialmente contraria al proyecto pragmatista (aun si este puede prevalecer al considerarse la evolución diacrónica de los significados). Dascal presenta de forma sistemática una concepción de la pragmática, basada en la obra de Paul Grice, que se ha convertido a lo largo de los años en algo así como una suerte de *mainstream*. Pero, además de exponer los conceptos básicos y dar algunos ejemplos de esta teoría, Dascal trata de formular los criterios que justifican su «autonomía teórica». Éstos permiten poner orden en el «basurero de Frege», donde se juntaron en el curso de este siglo los aspectos del significado que la semántica de inspiración lógica ha considerado no pertinentes. Permiten asimismo justificar la exclusión de ciertos fenómenos y la inclusión de otros en una pragmática coherente, donde el papel de la noción de «intención» es preponderante. Eso le proporciona a esa disciplina un «*nicho ontológico*» definido y una posibilidad de desarrollo ordenado.

Uno de los componentes tradicionales de la pragmática que Dascal propone trasladar más bien a la semántica es la teoría de los actos de habla. A ese respecto, pese a sus argumentos, Dascal se encuentra (todavía) en minoría —lo que justifica incluir en este volumen un capítulo dedicado a esta teoría—. La teoría en cuestión tiene su origen en los trabajos del filósofo británico J. L. Austin, y ha sido desarrollada y sistematizada por J. R. Searle y sus varios colaboradores y seguidores. En el capítulo «Actos de habla» Eduardo Rabossi muestra claramente cómo la teoría ha oscilado entre las intuiciones originales de Austin y la elaboración teórica de Searle. Mientras que el primero insiste en considerar la noción clave de «fuerza ilocutoria» como independiente y diferente del significado semántico de un enunciado, Searle (secundado por lingüistas que han formulado la llamada hipótesis «*performativa*» o «*realizativa*», según la cual todo enunciado tiene, en su estructura profunda, un prefijo performativo) trata de formular el conjunto de reglas que definen las fuerzas ilocutorias y las rigen, transformándolas así en parte del significado semántico de los enunciados. Según Rabossi, la posición de Searle lleva al colapso de la distinción realizativo/constatativo, que ha sido la base del aporte de Austin. El texto de Rabossi se suma así a una tendencia «*revisionista*» creciente, que trata de redescubrir a un Austin al que la interpretación de Searle no ha sido siempre fiel —tendencia a la que pertenece también el conocido debate

entre Derrida y Searle—. Luego de exponer y criticar a la doctrina «canónica» de los actos de habla desarrollada por Searle, Rabossi concluye con aportes propios, importantes para la comprensión de la noción de «realizatividad» y su importancia filosófica. Aunque el mismo Austin pueda ser parcialmente responsable por la «semantización» de la fuerza ilocutoria, al haber insistido en su carácter «convencional» (tesis a la que se opone, además de Strawson, también Donald Davidson), no hay duda de que su intuición sería mejor preservada en una teoría que asumiera explícitamente como su marco primario la acción —sobre todo la acción dialógica, comunicativa— y no en una teoría que define abstractamente el conjunto de los actos de habla posibles para luego examinar su realización en la actividad comunicativa (cf. Weigand, 1996).

Las nociones de «convención» y «regla» son esenciales tanto para la semántica como para la pragmática. En torno a ellas gira el capítulo de Alfonso García Suárez, «Comunicación, convención, reglas y lenguajes privados», donde explora las diferentes formas que ha tomado, desde Platón hasta los filósofos contemporáneos, la elucidación de esas nociones capitales. Esta exploración revela las dificultades y paradojas a que llevan las posiciones simplistas, sea las que reposan sobre un mentalismo cartesiano poco crítico, sea las que se basan en un conductismo más bien «ingenuo». Wittgenstein, como lo señala García Suárez, es quizás el filósofo que más ha contribuido a sacar a la luz estas paradojas, pero —característicamente— no ha tratado de «solucionarlas», sino, a lo sumo, ha sugerido formas de no caer en ellas o de «curarnos» de la tentación de formular preguntas sin sentido, que llevan necesariamente a tales paradojas.

Aunque sea un fenómeno más bien específico, la metáfora ocupa un lugar privilegiado en la filosofía del lenguaje, en las ciencias cognitivas y en el debate sobre las relaciones entre semántica y pragmática. Ella ha ocupado a los filósofos, retóricos y lingüistas desde Aristóteles. A lo largo de la historia, la metáfora ha sido considerada de formas diferentes: como algo cognitivamente importante, como portadora de un mero valor ornamental, como algo irreductible a lo literal, como fácilmente reemplazable por él, como amiga o enemiga mortal de la ciencia y de la filosofía, etc. Eduardo de Bustos Guadaño, en el capítulo «La metáfora», organiza para el lector estas y otras actitudes opuestas hacia la metáfora, y muestra cómo reaparecen y son agudizadas en el actual resurgimiento del interés por la metáfora en varias disciplinas. Ese interés deriva de la rehabilitación de la metáfora como elemento importante de los procesos cognitivos y de su articulación con la experiencia concreta, que tiene al cuerpo como eje principal. Es especialmente perspicaz el análisis que ofrece Bustos de la oposición entre

las teorías semánticas y pragmáticas de la metáfora, así como su reconstrucción y crítica de la conocida posición de Donald Davidson, que rechaza ambas al negar la existencia de un «significado metafórico» y procedimientos pragmáticos especiales para la comprensión de las metáforas.

Entre las máximas que constituyen la «lógica de la conversación» propuesta por Grice para dar cuenta de la interpretación pragmática de los enunciados, se encuentra la de la relevancia o pertinencia, que simplemente requiere que cada contribución a la conversación sea «**pertinente**» en el momento en que se produce. Sperber y Wilson han transformado esta máxima en principio central no solamente de la pragmática, sino de toda actividad cognitiva. Su «**teoría de la pertinencia**» (Relevance Theory) se ha transformado, desde su primera versión de los años ochenta, en uno de los «**programas de investigación**» más productivos de la pragmática actual. Begoña Vicente Cruz, en el capítulo «La teoría de la pertinencia», ofrece una presentación clara y precisa de esa teoría, de sus fundamentos, de sus ventajas sobre la teoría de Grice en el análisis de los mensajes implícitamente comunicados, y también de sus problemas. El estudio de la pragmática de la comunicación les sirve a Sperber y Wilson de trampolín para llegar a principios cognitivos generales, directamente relacionados con el modelo representacional/computacional de la mente defendido por Fodor y otros, modelo que caracteriza a la cognición como un proceso inferencial de manipulación de representaciones mentales. La teoría ha sido criticada por su «**internalismo**», que pareciera ignorar la importancia del contexto externo en la actividad cognitiva. La verdad, sin embargo, es que la teoría trata de conceptualizar rigurosamente la difícil noción de «**contexto**», en términos del «**principio de la pertinencia**». La idea básica es que la cognición humana es esencialmente selectiva y que el principio de selección de «**informaciones**» es un principio del tipo **minimax**: obtener el máximo impacto (medido en términos de «**efectos cognitivos**») con un esfuerzo de procesamiento mínimo. Los estímulos o informaciones «**pertinentes**» son los que satisfacen este principio y son los que constituyen o construyen el «**contexto**». Begoña Vicente Cruz discute las críticas dirigidas contra la teoría sea por «**externalistas**», sea por griceanos «**tercos**», y trata de defenderla objetivamente y lúcidamente.

Otra corriente de la pragmática contemporánea de cuño más filosófico, asociado a los nombres de Karl-Otto Apel y Jürgen Habermas, se interesa sobre todo por las relaciones entre el uso del lenguaje y el conocimiento, por una parte, y la ética, por otra. La reflexión sobre las condiciones básicas de la comunicación humana ha llevado a ambos, por caminos distintos, a acercarse cada vez más a Kant. El resultado ha

sido la elaboración de una pragmática «universal» (Habermas) y/o «transcendental» (Apel), en el doble sentido de una teoría de las condiciones de posibilidad de la comunicación que, a su vez, conforma las condiciones de posibilidad del conocimiento y de la moralidad. Adela Cortina y Jesús Conill, en el capítulo «Pragmática transcendental», toman como foco de su exposición el trabajo de Apel, sin dejar de considerar, sin embargo, también el de Habermas y otros pensadores activos en este «programa de investigación». Los autores sintetizan con gran claridad ideas y argumentos complejos expuestos en un gran número de textos, no siempre de comprensión fácil. El lector entenderá, por ejemplo, cómo las diferentes teorías pragmáticas y semánticas (Peirce, Wittgenstein, Grice o Searle, por ejemplo) pasan —en las manos de Apel (y también de Habermas)— por un «giro transcendental», que transforma su naturaleza y su papel filosófico. Un apartado sobre las disensiones en el seno de la «pragmática francfortiana» revela una oposición entre Apel y Habermas respecto al grado de transcendentalidad (o de aproximación a Kant) que adoptan: mientras que el primero opta por un apriorismo fundacionista, el segundo sigue buscando la forma de justificar la ética del discurso en forma menos absolutista. El apartado final muestra la relevancia de la pragmática transcendental para el debate filosófico actual en temas como la noción de racionalidad, la ética aplicada, el relativismo cultural, la hermenéutica (también ella «transcendentalizada» por Apel) y el ataque postmoderno a la modernidad.

Desde la invención de la expresión «Gavagai» por Quine, en su *Word and Object*, el problema de la indeterminación de la traducción y, con él, el de la indeterminación de la interpretación, ha sido intensamente estudiado por los filósofos analíticos. En la medida en que la pragmática se ocupa del problema de la interpretación y, más aún, de la interpretación no solamente de los contenidos explícitos sino también de los contenidos implícitos (que muchas veces divergen de los explícitos), la discusión filosófica de la interpretación, al poner en duda la posibilidad de llegar siquiera a los primeros, debería ocupar mucho más que lo que ocupa en la atención de los investigadores en pragmática. Asimismo, el problema filosófico de la comunicación transcultural, entre «esquemas conceptuales» distintos (cuya misma posibilidad de existencia se ha negado), también debería interesar más a los antropólogos y «pragmáticos de campo» que estudian empíricamente la comunicación transcultural y comparan los mecanismos pragmáticos de diferentes lenguas. En «Interpretación: radical y cultural», Nicolás Sánchez Durá y Vicente Sanfélix Vidarte examinan el conjunto de problemas suscitados por la situación imaginaria de «interpretación radical» y la situación un poco más real de «interpretación transcultural». Su análi-

sis tiene el mérito de no limitarse a la tradición analítica, sino de mostrar puntos de intersección entre ésta y la tradición continental, especialmente la hermenéutica, y de conectarlas ambas con la reflexión inspirada por la antropología.

El relativismo lingüístico, discutido ya en el capítulo anterior, es directa e incisivamente enfocado en «La tradición humboldtiana y el relativismo lingüístico», de Cristina Lafont y Lorenzo Peña. Este capítulo enfoca el problema desde un punto de vista histórico, filosófico y lingüístico, al distinguir entre dos líneas de influencia de las consideraciones de Humboldt sobre la relación entre lenguaje, pensamiento y concepción de mundo: la filosófica —de Hamman y Herder hasta Heidegger y Habermas— y la propiamente lingüística —del principio de la arbitrariedad del signo de Saussure hasta la teoría de los campos semánticos y la sociolingüística marxista—. Se ilumina de esta forma la gran influencia relativista de las tesis de Humboldt, contrariamente al universalismo chomskiano, que también trató de apropiarse de esas mismas tesis para sus propios fines. La perspectiva histórica les sirve a Lafont y Peña como marco para una crítica del relativismo lingüístico, al que acusan de quitarle importancia a la función referencial del lenguaje, que es la que permite anclar los enunciados en el mundo. El tema de las relaciones lenguaje/pensamiento contribuye también, a mi entender, para el desarrollo de una rama de la pragmática que todavía no ha sido estudiada con la atención que merece. La llamo «psicopragmática», para distinguirla de la «sociopragmática», que es el estudio de los usos sociales (principalmente comunicativos) del lenguaje, que son los que ha enfocado tradicionalmente la pragmática. Pero hay también usos «mentales» del lenguaje que no tienen nada que ver directamente con la comunicación (por ejemplo, el razonamiento, los sueños, etc.)¹. Tradicionalmente, se ha concebido la cuestión de la relación lenguaje/pensamiento en términos de saber si el primero es o no condición *necesaria* para el segundo, lo que ha llevado a un debate prácticamente irresoluble, desarrollado casi exclusivamente en un plano abstracto. El enfoque pragmático permite dejar de lado esa forma del debate y pasar a analizar concretamente los varios usos mentales del lenguaje y los principios que los rigen. A eso se dedica la psicopragmática.

El último capítulo, «Pragmática y análisis gramatical», de Alejandro Tomasini Bassols, es una crítica radical de la pragmática tal como se ha presentado en los capítulos anteriores, sobre todo en su versión intencionalista. Wittgenstein es mencionado en varios de esos capítu-

1. Para una definición concisa de la psicopragmática, véase Dascal (1986). Para algunos ejemplos, véase Dascal (1985 y 1987). Para el «giro pragmático» en psicolingüística, véase Dascal y Françoso (1989). Para un abordaje histórico del problema, complementario al del capítulo aquí referido, véase Dascal (1994 y 1995b).

los como quien puede contribuir positivamente a la teoría pragmática. Pero Tomasini se basa en la noción wittgensteiniana de «análisis gramatical» para mostrar cómo se puede y se debe «hacer pragmática» sin llegar a desarrollar una «teoría pragmática» cuyos presupuestos son necesariamente problemáticos. Debido a que no estoy de acuerdo con muchos de los argumentos de Tomasini, no quiero siquiera incurrir en error al tratar de resumirlos aquí. Les dejo a los lectores esa tarea, así como la —más ardua— de decidir si, *pace* Wittgenstein-Tomasini, tiene la pragmática el derecho a seguir sus caminos teóricos².

El presente volumen tiene una historia curiosa que —por puro accidente— ilustra lo que ha sido la historia de la pragmática. Los editores de la *Enciclopedia* no habían planeado un volumen especialmente dedicado a la pragmática. Más bien, pensaban incluir algunos capítulos «pragmáticos» en el volumen dedicado a la filosofía del lenguaje. Al ver que ese volumen había traspasado los límites impuestos, se decidió trasladar los capítulos «excedentes» a otro volumen, y se me hizo el encargo de completarlo con otros textos relativos a la pragmática. Así que tenemos aquí una analogía exacta con la forma como se ha constituido históricamente la pragmática en cuanto disciplina: una colección de temas relacionados con aspectos del «significado» y del «uso» del lenguaje, que no encontraban un lugar adecuado en el marco de la semántica y de la filosofía del lenguaje tradicionales. Inevitablemente, es difícil imponer una coherencia artificial a una colección de trabajos reunidos de esta forma. Pero esa misma diversidad ecléctica ofrece al lector una riqueza indudable, que se hubiera perdido si el volumen hubiera sido planeado desde el inicio de un modo más uniforme.

A pesar de esa riqueza, las limitaciones de espacio no han permitido cubrir la totalidad —ni siquiera la mayoría— de los diferentes tipos de teoría pragmática y, más aún, de sus innumerables aplicaciones. Además de la psicopragmática y de la hermenéutica, que han sido solamente mencionadas de paso en este prólogo y en algunos capítulos, poco se ha dicho sobre sus conexiones con la retórica³ (excepto en el capítulo sobre la metáfora) y la teoría de la argumentación, y no se ha dedicado ningún capítulo a la gran variedad de estudios empíricos existentes. Entre las aplicaciones de la pragmática que me parecen de especial interés para los filósofos, quiero destacar su papel en el estudio de las controversias científicas y filosóficas, un papel que, a mi entender,

2. Remito al lector a dos textos en que se trata de mostrar cómo las tesis de Wittgenstein pueden ser interpretadas «constructivamente» de forma que se permita su incorporación bien en la teoría pragmática bien en las ciencias cognitivas (Dascal, 1995c; Dror y Dascal, 1997).

3. Véase Dascal y Gross (en prensa).

permite evaluar mejor la naturaleza de la actividad crítica. Gracias a eso, es posible quizás superar el dilema descriptivismo/normativismo que ha paralizado a la epistemología contemporánea durante varias décadas, y proponer una nueva noción de «racionalidad pragmática»⁴.

Quiero agradecer a Juan José Acero, editor del volumen sobre filosofía del lenguaje, por haber recogido muchos de los textos (incluso el mío) que aquí figuran. Les quiero agradecer también a los autores de estos textos el que hayan aceptado con comprensión el retraso inevitable en publicarlos, y a los autores de los capítulos adicionales, el haberlos preparado dentro de plazos relativamente estrechos. Quiero mencionar, por fin, mi tristeza por no poder contar con un capítulo de Víctor Sánchez de Zavala, uno de los más conocidos investigadores españoles en el área de la pragmática. Víctor había aceptado contribuir, pero falleció antes de poder hacerlo.

BIBLIOGRAFÍA

- Andersen-Wood, L. y B. Rae Smith, (1997), *Working with Pragmatics*, Winslow, Oxon.
- Armengaud, F. (1985), *La Pragmatique*, PUF, Paris.
- Cremaschi, S. y M. Dascal (1998), «*Persuasion* and argument in the Malthus-Ricardo *correspondence*»: *Research in the History of Economic Thought and Methodology* 16 (en prensa).
- Dascal, M. (1986), «*Psychopragmatics*», en T. A. Sebeok (ed.), *Encyclopedic Dictionary of Semiotics*, vol. 2, Gruyter, Berlin/New York/Amsterdam, pp. 760-761.
- Dascal, M. (1987), «*Language* and reasoning: sorting out sociopragmatic and psychopragmatic factors», en J. C. Boudreaux, B. W. Hamill y R. Jernigan (eds.), *The Role of Language in Problem Solving*, vol. 2, Elsevier, Amsterdam.
- Dascal, M. (1989), «Controversies as quasi-dialogues», en E. Weigand y F. Hundsnurher (eds.), *Dialoganalyse II*, vol.1, Niemeyer, Tübingen.
- Dascal, M. (1992), «Why does language matter to artificial intelligence?»: *Minds and Machines* 2/2, pp. 145-174.
- Dascal, M. (1994), «*Conocimiento* y language en la filosofía moderna», en E. de Olaso (ed.), *Del Renacimiento a la Ilustración I* (EIAF 6), Trotta/CSIC, Madrid.
- Dascal, M. (1995a), «*Epistemología*, controversias y pragmática»: *Isegoría* 12, pp. 8-43.
- Dascal, M. (1995b), «The dispute on the primacy of thinking or speaking», en M. Dascal et al. (eds.), *Philosophy of Language. An International Handbook of Contemporary Research*, vol. 2, Gruyter, Berlin/New York.

4. Véase, por ejemplo, Dascal (1989, 1995d, 1995a, 1998) y Cremaschi y Dascal (1998).

- Dascal, M. (1995c), «Cognitive science in the philosopher's mill»: *Pragmatics & Cognition* 3, pp. 133-145.
- Dascal, M. (1998), «La polémique dans la science classique», en M. Blay y R. Halleux (eds.), *La Science Classique. Dictionnaire Critique*, Flammarion, Paris.
- Dascal, M. (ed.) (1982), *Pragmática e Problemas e Perspectivas da Lingüística. Fundamentos Metodológicos da Lingüística*, vol. 4, Campinas, Brasil.
- Dascal, M. y J. Borges Neto (1991), «De que trata a lingüística afinal?»: *Histoire, Epistemologie, Langage* 13/1, pp. 13-50.
- Dascal, M. y K. Dutz (1997), «The beginnings of scientific semiotics», en R. Posner, K. Robering y T. A. Sebeok (eds.), *Semiotics. A Handbook on the Sign-Theoretic Foundations of Nature and Culture*, vol. 1, Gruyter, Berlin.
- Dascal, M. y E. Francozo (1989), «The pragmatic turn in psycholinguistics: problems and perspectives»: *Theoretical Linguistics* 15/1-2, pp. 1-23.
- Dascal, M. y A. Gross (en prensa), «The marriage between pragmatics and rhetoric».
- Davidson, D. (1985), «Communication and convention», en M. Dascal (ed.), *Dialogue: An Interdisciplinary Approach*, J. Benjamins, Amsterdam.
- Dror, I. y M. Dascal (1997), «Can Wittgenstein help free the mind from rules?», en D. M. Johnson y C. Erneling (eds.), *The Future of the Cognitive Revolution*, Oxford University Press, Oxford.
- Green, G. M. (1989), *Pragmatics and Natural Language Understanding*, Lawrence Erlbaum, Hillsdale NJ.
- Leech, N. (1983), *Principles of Pragmatics*, Longman, London.
- Levinson, S. C. (1983), *Pragmatics*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Thomas, J. (1995), *Meaning in Interaction: An Introduction to Pragmatics*, Longman, London.
- Verchueren, J.; J.-Ö. Ostman y J. Blommaert (eds.), 1995. *Handbook of Pragmatics*, J. Benjamins, Amsterdam.
- Weigand, E. (1996), «The state of the art in speech act theory»: *Pragmatics & Cognition* 4/2, pp. 367-406.